



Erasma Zazueta

## A la Patria

(Fragmentos de un homenaje)

Apenas nacidos como nación libre y soberana, nos dedicamos al oficio, más que secular, de administrar la pendencia y los efectos de una inveterada anarquía, derramando sangre generosa en luchas fratricidas.

Debitamos tanto los energías de la nación que fuimos presa fácil de las ambiciones, resignados al despojo de territorios, donde cada miembro arrancado es todavía una herida que no cicatriza.

Nos duele el Litoral ausente y lejano; nos duele el holocausto del Chaco que se llevó 60 mil vidas.

Nos duele el destino adverso de nuestros ingentes recursos, que empobrecen cada vez más Bolivia y potencian otras naciones.

Nos duelen los políticos que viven pletóricos de poder y hartazgo.

Nos duele y nos consterna esta Bolivia sin horizonte.

La Patria, a pesar de todo, tiene fuerzas para sobrevivir. Se sobrepuso a todas las pruebas, a todos los padecimientos que engendraron los malos gobernantes.

Bolivia, con sus luces y sus sombras, con sus glorias y sus pesares, se prolonga en cada uno de nosotros, en nuestros hijos, como madre de todos, más amada y respetada cuanto más pobre y doliente.

Luis Urqueta Mollada.



el duende  
director: luis urqueta m.  
consejo editor: alberto guerra g.  
edwin guzmán o.  
benjamín chávez c.  
erasma zazueta c.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david ángel illanes  
casilla 448 telef. 5276818-5288500  
e-mail: duendejulia@hotmail.com



Oruro S.A.

Zona Franca

## La Máscara



—¿Eres iconolasta? —pregunta Breim con cierta preocupación. Su compañero daba señales de algún desvarío púlsico contra el cual no tenía ninguna herramienta médica a su alcance. Se trataba de una situación que podría traer graves consecuencias en un compartimiento semi automatizado y donde cualquier error sería fatal para la tripulación — ¿Podremos con el trabajo específico de él entre Zem y yo? —se pregunta luego de la reflexión que se había hecho observando al Tercer Astronauta.

—¿A qué venía eso de un icono de la crucifixión? Él no conocía nada de arte,

si era a eso a lo que el Tercer Astronauta se refería, más aún si se trataba de algo que había sucedido en el siglo XIV. El arte bizantino en ese mosaico de la "anunciación". Esa antigua obra maestra del monasterio del Sinai, la más antigua en realidad; el busto de Cristo. Mira al Tercer Astronauta que parece ausente con la vista clavada en el espacio exterior en un inconfundible negro estrellado o negro azul desparramado.

—Por el momento haré que Zem no lo sospeche. Él tiene una manera práctica de solucionar todo, más aún en un caso como el que estoy sospechando. Pobre Tercer Astronauta —piensa. Por ahora su trabajo se reduce a nada. Dentro de una hora tendrá que vigilarlo, tal vez para entonces su vaga impresión no se dé con las características alarmantes que había percibido. Por ahora no había por qué precipitarse. Mira a Zem mostrando toda su humanidad, imponente, disciplinado, férreo, trabajando al máximo, casi una máquina. De pronto en aquel espacio reducido flotando en la inmensidad se estremeció.

Aquel hombre, al que veía mucho más dimensionado en sus actitudes que durante los largos meses de entronamiento, había tenido, sin embargo, un acto de sensibilidad cuando conoció a su pequeña hija. Ese día salían juntos del Instituto. Zem se sorprendió y quedó enternecido ante la pequeña. Nunca aquel hombre había manifestado una actitud así y, en ese momento, estaba de cuclillas saludando a la niña. Se quitó una pequeña insignia de oro (de alguna distinción) y la puso en la chaqueta de ella en una escena conmovedora.

Pero ahora eran habitantes en una cápsula. Zem no dudaría un segundo en hacer "algo práctico" con el Tercer Astronauta. ¿Por qué tenía que hablar de ese arte bizantino? Pero aquello no era irreal, era parte de la historia de la humanidad. Ese arte existía. Lo había escuchado alguna vez. Era posible que lo leyera también, no era nada descabellado hablar de él. Respiró. Preparó una pregunta para el Tercer Astronauta. Escogió las palabras. Tenía que ser breve, además le serviría para observar su reacción. Debía hacerlo antes del turno de trabajo.

—Esc arte del que hablas, ¿dónde está?

—¿Eh?

—El arte de los iconos.

—¡Ah!... los iconos... —el Tercer Astronauta parece regresar de un pensamiento lejano. Breim suspira como si dejara una tonelada de peso.

—¿Conoces Londres? —dice pausadamente— Están en el Victoria Museum.

—¿Qué? ¡Maldito, hijo de puta! —exclama Breim, y casi se estrella contra el techo debido a su impulso festivo.

—Te explicaré —dice el Tercer Astronauta—, sin comprender el porqué de aquella actitud.

—No, no es necesario, "ahora todo está bien" —dice Breim mirándolo con un gran afecto.

—¿Todo está bien? —se pregunta el Tercer Astronauta—. ¡Vi algo! —dice, volviendo a preocupar a Breim—. ¡Es una manifestación... una manifestación... una imagen...!

—Lo que sea, no lo digas, al menos hasta que regresemos —dice Breim.

—Zem debería saberlo también —dice el Tercer Astronauta—. "Es una máscara usada en una danza que supera la centuria, en una ciudad de América del Sur".

—¿En el Sahara?

—Hablo de Sudamérica.

—¿Por qué ese recuerdo ahora?

—Porque es la otra imagen y sólo es una manifestación inocente...!

—No deliro, ni estoy loco...!

—¡Dios mío! —exclama Breim abrazándolo otra vez. Luego de apartarlo un poco, mirándole a los ojos pregunta ansioso: —Esa máscara del diablo. ¿Cómo supiste de ella?

—Una publicitaria lo enseñó —murmura el Tercer Astronauta, sin entender aún la súbita excitación de su compañero.

—¡Entonces esa máscara existe!

—Seguro.

—¿Dónde exactamente!

—En algún lugar de allí —dice el Tercer Astronauta—, apuntando a la hermosa esfera azul. En Oruro, Sudamérica, los hombres y las mujeres se visten así y le rinden culto a una Virgen bailando para ella —añade, ante la mirada atónita de Breim y el fondo negro azul desparramado.

Elmo Solano Cortez. Escritor. Oruro.